

**OÑAZEZ**  
**Evocación del P. Donostia**

J. IGNACIO TELLECHEA IDIGORAS

Seguramente fue lo primero que escuché y saboreé de la música del P. Donosti. *Oñazez*, la melodía que ha corrido el mundo, impregnando los espíritus de nostalgia serena, porque es canción en que el dolor se narra, se grita y se remansa. Esa palabra, colgada de la bella melodía, me martillea el alma cuando intento evocar la figura menuda del P. Donostia y su entorno de Lecároz, una y otro como algo lejano y definitivamente perdido.

En la segunda década de los años treinta, Lecároz era para mí, niño en Ituren, sólo un topónimo oscuro y alejado, asociado a los PP. Pedro y Juan de Leiza que solían aparecer por el pueblo, juguetón y festivo uno, grave y con preciosa voz abaritonada el otro. Besaba su cordón franciscano y me llamaron siempre, Inacito hasta que desaparecieron, primero el Padre Pedro y años más tarde, hace muchos, el Padre Juan. *Oñazez*.

En la década de los cuarenta resonó en mis oídos pro primera vez el nombre y la música del P. Donostia, cuando era seminarista en Vitoria, quizá en la guitarra de Regino Sainz de la Maza o de Azpiazu, en el piano de Cecilia Tordesillas, de Leopoldo Querol o de Achúcarro, o en la voz de algún tenor, cuando todos ellos y otros más desfilaban por aquella casa y marchaban prendados de nuestros generosos aplausos y aún más de aquellas Misas mayores en que cuatrocientos muchachos bordaban el Gregoriano. Fue la década gloriosa en que la música se convirtió en asignatura durante los doce años de carrera, se multiplicaban los concursos de ochotes, D. Pablo Bilbao nos hacía oír Operas enteras en las tardes lluviosas de los domingos en que no había paseo, y la gran Schola Cantorum dirigida por D. José María Zapirain interpretaba fastuosos programas en Semana Santa con música de Goicoechea, Otaño, Vitoria y Palestrina, cuando no arremetía con fragmentos de los Maestros Cantores o el Tanhauser de Wagner. Todo se desvaneció de aquella época generosa de esfuerzo, que alegremente llaman de triunfalismo. *Oñazez*.

En aquella misma década Lecároz se hizo para mí familiar, cuando el Padre Donostia estaba en el exilio y luego en destierro menor en Barcelona. Porque a Lecároz acudíamos los seminaristas de Baztán, Cinco Villas y la Regata a los retiros espirituales veraniegos. Rezábamos en sus capillas do-

mésticas, jugábamos a paleta en sus frontones, comíamos una rica sopa en unos anchos comedores, repasábamos unos bonitos cuadros de vivos colores con la vida de San Francisco que colgaban en alegres galerías franciscanas, cuando no aquellos retratos solemnes de promociones de antiguos alumnos o la colección de fotografías de hermosos caseríos del Baztán. Siempre había algún hueco para que el Hermano Cornelio nos enseñase el Museo de Ciencias Naturales, con algunos monstruos disecados, la víbora con sus viboreznos en el botellón de formol o aquella culebra mansa que se la ponía al cuello y se le metía por la bocamanga. Erámos muchachada alegre -mayores, medianos y pequeños- que acudíamos en bicicleta en número aproximado al centenar. Muchos de aquellos son hoy excelentes párrocos en los abundantes pueblos navarros o en América, algunos han muerto. Hace muchos años el Baztán y su entorno, la tierra privilegiada de curas y vacas al decir de Pío Baroja, siguen con vacas en sus verdes prados, pero no florecen seminaristas, ni uno solo. *Oñazez.*

En los años finales de aquella década me aficioné a la biblioteca de Lecároz, una bicicleta que huele a madera bien extremada. Iba en bicicleta desde Ituren, de la mañana a la tarde, con un bocadillo. Me encerraba en la biblioteca y allí consumía mis horas. Algunos días contemplaba mudo cerca de mí al Dr. Buztinza, que siguiendo los pasos de Fleming buceaba en clásicos griegos para recoger sus observaciones médicas sobre las virtudes curativas de las plantas. Charlaba largamente con el P. Calasanz, bibliotecario enamorado de los libros, pálido y enjuto, que me hablaba de clasificaciones y ficheros de materias, con el pulgar derecho metido en su cordón capuchino. Algunas veces se me acercaba el P. Eusebio que me hablaba de temas vascos. E hice gran amistad con el P. Policarpo de Iraizoz, que me hablaba en alemán para ayudarme en mis incipientes escauceos en el idioma. Murieron los dos primeros y el tercero se alejó durante muchos años para pasar a Roma como secretario del general de su Orden por sus excepcionales conocimientos de idiomas. Era un maestro en euskera y de él guardo, como una reliquia, un delicioso librito, *Yesukristo gure Yaunaren bizia* y espero ver unos maravillosos poemas religiosos escritos en su vejez y creo que inéditos. *Oñazez.*

En alguna de esas visitas veraniegas y después de los años cincuenta, conocí al P. Donostia y debí entrar en su corazón ayudado por las buenas ausencias de sus hermanos de hábito. Muy pronto, en el verano de 1954, pasó conmigo en Ituren dos semanas un condiscípulo romano, irlandés de origen, neoyorkino de nacimiento. De él aprendimos en familia y enseguida las cantamos armonizadas dos canciones americanas que nos enseñó -«How it is long to Taperary», se titulaba una, y «Whith some one like you», la otra-. Pronto se agotaron los paseos lugareños, con excursión incluida a Zubieta y al Mendaur. No había entonces coches ni Vespas. La bicicleta era el único medio de romper el cerco, y asomarse un palmo más allá al siempre pequeño mundo. La propuesta de una excursión a Elizondo y Lecároz tuvo éxito. Y acaso más la posibilidad de estrenar bicicleta... para él, acaso tanta como si a mi me hubiese sido dado pilotar una avioneta. Mi amigo se sostenía justa-

mente sobre las dos ruedas y a punto estuvo, nada más salir del pueblo, de dar contra una minúscula piara de cerdos que caminaba al borde de la carretera. Su rigidez en el manejo del biciclo era extrema, así como la rigidez de su vista mirando al frente. Pero llegamos a Elizondo y, de vuelta, a Lecároz. El viejo caserón de color rosa que sobresale humildemente en el verde valle merecía una visita. Desde que se hizo el nuevo Colegio, vistoso y moderno, el viejo convento y Colegio parece triste y mudo, como la explanada de sus frontones y el jardicillo delantero con la estatua del P. Llevaneras. En el silencio de la plácida tarde sólo se oye el rumorcillo leve de una fuentecilla de adorno y la campanita que toca a vísperas. Esperamos a su final para recorrer la iglesia.

E P. Donosti debió quedarse al órgano y desde allí me reconoció y llamó. Subimos al coro, nos hizo sentar a ambos lados, y nos tocó amorosamente una Misa de Requiem que repasaba, era suya y la amaba. Jugaba sobre las bellísimas melodías gregorianas del oficio de Difuntos. Era una plegaria, no un concierto. Se ensimismaba tocándola al órgano. Luego nos explicó la capilla, haciendo el elogio de la madera: La madera es sencilla y humilde, más humana, es muy franciscana. Allá en el centro, con una tenue lucecita, la Virgen del Buen Consejo, flanqueada por unos venerables bultos de santos capuchinos de largas barbas, que todos parecen iguales y cada uno es cada uno, enfundados en su sayal y en su franciscanismo. Exquisito, delicado, franciscano, allá quedó el P. Donosti. Sólo dos años después fallecía un verano. Pude acudir a su funeral. En él se interpretó aquella Misa de Requiem por la Coral de Elizondo, dirigida por Juanito Eraso. Mi emoción fue doble, porque era la primera vez que la escuchaba en plenitud coral, maravillosamente interpretada. Era él, al órgano, hablando después de nuestro encuentro. *Oñavez.*

Hacia poco que Juanito Eraso y su coro habían obtenido en resonante éxito en Langollen y posteriormente otro en Roma, del que fui testigo presencial. El escenario fue el *Antonianum* de Roma. El Coro de Elizondo bordó la música clásica, y no menos la tanda de madrigales. Se batía para el primer premio nada menos que con una *Kammernchor* de Viena, y yo explicaba en mi entorno que Elizondo era una villa de unos mil habitantes, ante el pasmo de todos. Ganó merecidamente el primer premio en madrigales y merecía sin duda también el de música clásica, si no fuese porque un egregio miembro del tribunal -Mons. Anglés- puso reparos al texto interpretado y previamente aceptado, el editado en el Repertorio musical del Seminario de Vitoria, no el de la edición crítica hecha en El Escorial. Me tocó a mí apearle del equívoco a Eraso. La lucha del tribunal fue áspera. El vencedor iba a ser recibido por el Papa. Y la Coral de Elizondo estuvo preparada hasta el último instante para la recepción, que al final voló de su programa. Sólo en este punto Viena, la gran Viena, pudo a Elizondo.

Juanito Eraso, amigo personal del P. Donosti en sus últimos años de Lecároz, había asimilado de labios del Maestro los últimos secretos de su obra. Y con Coro en tal momento, bordó su interpretación en el funeral del compositor en la iglesia de abundante madera donde las voces resuenan más

afelpadas, y aquel *Requiem* era un último homenaje al amigo. Juanito Eraso hizo la guerra en la IV de Navarra. Con otros dos navarros músicos organizó un concierto cuando las tropas se hallaban de descanso en Murcia. El cantaba de tenor y se le escapó un gallo. Otro era violoncelista, luego profesor consumado, Elías de Arizcuren. El tercero era pianista. Su premio fue el calabozo y corte de pelo al cero. Todo esto me lo contó el pianista, entrañable amigo, que acaba de fallecer: José María Herrero. *Oñabez.*

Años más tarde murió el P. Policarpo. Lo encontró muerto en su lecho una mañana su amigo y vecino de celda el P. Jorge de Riezu. Se fue sin molestar, y lo enterramos en el lindo cementerio del convento de Lecároz, un día fresquito de Pascua, unos pocos amigos. Había vuelto de Roma a su querido retiro de Lecároz y ayudaba al P. Jorge a tratar las letras del inmenso Cancionero Vasco recogido por el P. Donosti. -¿Te acuerdas cuando venías en bicicleta a la biblioteca? ¡Qué afición! Y me empezaba a sentir viejo con los dos ancianos venerables, recordando cosas de hacía casi cuarenta años. *Oñabez.*

Hoy, antes de escribir esta evocación, he saboreado la Misa de Requiem en estupenda grabación, patrocinada por el Ministerio de Cultura, y realizada por el Coro de Elizondo con Juanito Eraso. Música alada que cabalga sobre las modulaciones gregorianas conocidas, con tratamiento perfecto de la prosodia latina y, lo que es más importante, del texto, del concepto, donde revolotean *luz, descanso, misericordia y perdón, quoniam pius es*, que convierten la música en pura plegaria confiada, reposada y reposante, refrigerio-refresco, esperanza: oída en una lejana tarde de manos del P. Donosti, que repasaba su belleza y se empapaba de ella, y hoy reposa, junto a tantos amigos, en el franciscano convento de Lecároz. *Oñabez.*

Mi compañero neoyorkino acaso se acordará más de su aventura ciclista que la música. Se llama Austin Vaughan y es hoy Obispo auxiliar de Nueva York; pero no le disgustará escuchar la bella música que un día saboreó, al flanco del mismísimo Padre Donostia, como si éste anticipara su funeral, o prelibara ya músicas celestiales. Porque *In memoria aeterna erit justus...* y alguna parte de larga memoria terrena le cabe al justo que, además, es un artista consumado de la armonía.